

vos conductos, y obedeciendo á nuevas leyes, vendrán hasta vuestras calles y plazas públicas, manarán en vuestras casas para vuestro servicio y recreo, y, en fin, darán nuevo aspecto y nueva vida á la poblacion.

¡Gloria pues á vuestras celosas é inteligentes autoridades, quienes, despues de concebir un proyecto tan atrevido, pero tan provechoso al público, no han retrocedido ante las eventualidades de su ejecucion, y para alcanzar su objeto, no han perdonado estudios ni sacrificios! ¡Gloria á los vecinos todos de esta poblacion, que han sabido comprenderles y que constantemente han secundado sus esfuerzos! ¡Gloria á la autoridad superior, que ha prestado siempre su cooperacion benévola y generosa! ¡Gloria á la sabia mano, que ha dirigido con tanta habilidad y fortuna esta bella y difícil operacion! Mas, sobre todo, ¡gloria á Dios, el Maestro soberano de las ciencias, como dice el Espíritu Santo, porque han sido depositados en el espíritu del hombre los grandes y fecundos pensamientos como un gérmen preparado para desarrollarse y madurar; que no solamente ha criado la luz, y las fuentes y los vapores, sino que aun nos revela el secreto de aplicarlos á nuestros usos y necesidades!

La santidad del carácter sacerdotal y el fervor de vuestra fe, exigen, que no concluya este discurso sin haber sacado de la circunstancia misma, que me ha sugerido el texto, una aplicacion moral, cierta induccion práctica, muy á propósito para fomentar la piedad y las virtudes cristianas. ¡Ojalá, que estas obras, estos caños llenos de agua cristalina, que va á regocijar y embellecer esta poblacion, traigan á vuestra memoria, y hagan mas apreciiables á vuestro amor las aguas de la divina gracia, cuyo santo depósito se halla en vuestro templo! Si, amados parroquianos míos; el que habrá bebido de esta fuente que estais contemplando, por purísima y sana que sea el agua, tendrá sed todavía; mas aquel que beberá en las fuentes de Jesucristo, quedará eternamente refrigerado. ¡Dios mío! dadnos sobre todo esa agua admirable, á fin de que solo tengamos sed de las aguas de vuestra gracia.

BENDICION

DE LA PRIMERA PIEDRA DE FÁBRICA DE UNA IGLESIA.

DISCURSO.

Non est hic aliud nisi domus Dei.

Aquí es la casa de Dios.

(Gen. xxviii, 17.)

Lo que Jacob decia, viendo los ángeles bajar y subir por la escala misteriosa que unia la tierra con el cielo, puedo yo aplicar á este lugar, que acabamos de bendecir, y que no será otra cosa que la casa de Dios: *Non est hic aliud nisi domus Dei*. Y ¿qué trabajo mas útil puede emprenderse que el de la construccion de un templo, cuyos fundamentos se establecen en la tierra y terminan en el cielo? Yo agradezco, pues, á todos los vecinos de nuestra feligresia, el celo y diligencia con que han contribuido á la edificacion de esta iglesia, tan vivamente deseada.

Yo participo de la alegría que vosotros sentís al haber visto bendecir la primera piedra de una iglesia. Preguntarnos, qué es lo que será esta iglesia, es sin duda una cuestion importante; pero la miraremos, además, por los efectos que debe producir. Considerada en sí misma, será edificada para gloria de Dios: considerada en sus efectos, lo será para la salvacion de las almas. Tal es el objeto y la parte de este discurso.

Esta iglesia será edificada para gloria de Dios: tambien el Señor hará brillar los atributos de su poder y de su misericordia. Vosotros experimentareis la virtud del poder divino en el sacramento de la penitencia. Sin duda, nuestros sacerdotes de cualquiera otra iglesia nos reconciliarían tambien con el cielo, y nos conducirían al redil de las ovejas descarriadas; pero, por mas que se multiplicasen los ins-

trumentos de salvacion ¿serian demasiados? Detengamos, segun la expresion de san Próspero, la mano del Señor, alzada para castigar las iniquidades de los hombres: *Sacerdotes columnæ quæ nutantis orbis statum orationibus sustinent*; pero ¿hay bastantes manos para curar las llagas de las conciencias despedazadas, de los corazones enfermos, de las almas acribilladas de heridas? ¿Cuántos objetos de seduccion, emboscados por todas partes, para debilitarnos y perder-nos! ¿Cuántas convicciones que se apagan, cuántos errores que se acreditan! ¿Seria un mal proporcionar los remedios á las innumerables enfermedades humanas? ¿Qué! cuando uno se regocija de tener un gran número de defensores, que defiendan sus intereses temporales, cuando se desea ver en el campo centinelas vigilantes y prontas siempre á descubrir el enemigo y á combatirlo, ¿no nos tendremos por dichosos de ser asociados á colaboradores decididos, instruidos y caritativos, que inspiren tanto respeto como admiracion, trabajando con celo por la salvacion de las almas? Todo cuanto glorifica á Dios y beneficia á los hombres, regocija nuestra alma.

¿Cuánto bien no experimentaréis vosotros el día, en que salgais de uno de esos confesonarios con un enorme peso de ménos. ¿Quién podria expresar lo que siente un alma aliviada por la remision de sus pecados? ¿Quién podria pintar sus sentimientos de gratitud, ni sus lágrimas de enternecimiento? Si el simple desahogo de un alma con otra la consuela, ¿de qué manera describir la indecible alegría que se experimenta al confiar á un sacerdote misericordioso los penosos secretos del corazon? En nuestra naturaleza humana está el instinto de la expiacion por medio de la confesion.

Aquí, en este santo sitio, hará el Señor brillar aun las riquezas de su bondad, dándose á sí mismo á vosotros y á vuestros hijos, como mantenimiento en el sacramento de su amor. Bien pronto vereis, sirviéndome de la expresion de san Juan, descender del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalem de parte de Dios: *Vidi sanctam civitatem Jerusalem novam descendentem de cælo a Deo*. Y vosotros, oireis una gran voz que saldrá del trono y que dirá: «Vé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres; porque él vive con ellos: *Et audivi vocem magnam de throno dicentem: Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et ipsi populus ejus erunt, et habitabit in eis*. Y ¿que delicias no encontrareis en ese tabernáculo, que encierra el cuerpo y la sangre de Jesucristo? Los otros sacramentos dan la gracia y son como derivaciones de esta vida divina encarnada en Jesucristo; pero el de la Eucaristía encierra al mismo autor de la gracia. Sin la presencia real, la encarnacion de Jesucristo quedaria en el estado de un

recuerdo histórico. Y ¿á qué se reduce un recuerdo? Él se desvanece poco á poco hasta que concluye por extinguirse, á medida que otros objetos vienen á distraernos.

Vosotros asistireis en este lugar santo al sacrificio de la misa, donde, como se expresa el santo Crisóstomo, Dios solo se inmola y se anonada en el altar. Allí, añade el mismo doctor, el sacerdote, inclinado sobre la víctima, se ocupa en orar, mientras que todos los asistentes se tiñen con su preciosa sangre.

Al instituir Jesucristo la Eucaristía, ha dicho: «Este es mi cuerpo, que es dado por vosotros: esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, que es derramada por muchos para perdon de los pecados. Este es mi cuerpo, que es quebrantado por vosotros.» Y ¿por qué nuestro divino Salvador ha dicho: este es mi cuerpo, que es dado por vosotros, esta es mi sangre, que es derramada por muchos para el perdon de los pecados, sino para denotar, que en aquel mismo momento en que celebraba la cena con sus apóstoles, y en que institua la Eucaristía, daba y ofrecia su cuerpo y sangre por nosotros, en remision de los pecados? La Eucaristía es, pues, un verdadero sacrificio, pero conmemorativo, sin embargo, del de la cruz. Quitad este sacrificio augusto, é inmediatamente quedará el templo vacío, su grandeza inútil, su magnificencia muerta; quitad este sacrificio, y el sacerdote quedará sin ministerio y sin carácter sagrado; quitad este sacrificio: yo veo bien una mesa vulgar, pero en ella no hay ya la sangre de un Dios.

Los ministros del Señor os predicarán todas las verdades reveladas por Jesucristo y encerradas en el Evangelio: os demostrarán, que la verdad es el imán de las almas; y que cuando éstas se encuentren en su radio, aquélla las atraerá por una invisible y omnipotente afinidad, cual una lluvia fecunda, que cae en tierras secas. ¿Seria caso mejor entregarse á placeres frívolos y á diversiones peligrosas, que asistir á los ejercicios que se practicarán en este lugar santo? ¿Qué! un sér cuya vida es tan corta y su tiempo tan precioso, ¿dejará sin utilizar todas las ocasiones de salvacion? ¿Será nunca demasiado el hacer oír la divina palabra, supliendo (como se expresa san Gregorio Nacianceno) el don de los milagros con los encantos de la elocuencia y de la erudicion, á que naturalmente son apegados la mayor parte de los hombres?

Los ministros del Señor nos ayudarán á santificarnos por la predicacion de todas las virtudes cristianas, porque son sacerdotes para trabajar por la reconciliacion de todos. Ellos os persuadirán á que renunciéis de vosotros mismos, á que vengais las malas pasiones, á

no vengaros, y á que perdoneis á vuestros enemigos. A que lleveis una vida pura y santa, que deis el buen ejemplo, que regleis vuestros pensamientos y vuestros deseos, y que aspireis á la perfeccion cristiana. Predicarán la caridad en Jesucristo y sobre el sentimiento, que inclina á los hombres á ayudarse mutuamente por el triple atractivo de una misma naturaleza, de un mismo origen y de un mismo destino.

La palabra divina atravesará aquí como una corriente eléctrica por almas entorpecidas; é inmediatamente una masa inerte y muerta será removida, todo un pueblo poseído de un mismo pensamiento é inflamado en un mismo amor abrazará la virtud; gozareis de la alegría de vuestros semejantes, y participáreis de sus dolores; y en nuestros dias de penas y de aflicciones, hijos de un mismo Dios, viviremos fraternalmente, y nos animaremos los unos á los otros á sobrellevar el pesado fardo de la vida.

¡Qué no pueda yo expresaros con san Juan Crisóstomo, ó mas bien manifestaros descubiertamente, todo cuanto siente mi corazón de ternura y de celo por vosotros! ¡Entonces veriais como nada, ni aun la misma luz del dia que me alumbra, me es tan cara como vuestra salvacion!

Y vosotros, un dia, en la eternidad, cuando el desierto de esta vida se os haya franqueado, cuando todo el polvo de vuestro cuerpo haya vuelto á la tierra (lo que será bien pronto), vosotros os felicitareis principalmente de haber contribuido á la construccion de esta iglesia, porque con muchos apoyos llegareis, aun á través de los mayores peligros, á la morada celeste, donde os conduzca la misericordia del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. *Amen.*

BENDICION DE UNA IGLESIA.

DISCURSO.

Gloria et divitiæ in domo ejus.

La gloria y las riquezas se encuentran en su casa.

¿Qué gloria es esta, cuáles esas riquezas, cuya fuente nos indica el Espíritu Santo, que nos permite ambicionar y perseguir, y cuya posesion es tan legitima? ¿Se trata acaso de esa gloria, que tiene su principio creador en el egoismo, en el egoismo impio anatematizado por nuestro divino Salvador Jesucristo, por cuanto es el eterno obstáculo de la fe y de la divinidad, como lo decia el mismo Señor á los Fariseos de su tiempo? «¿Cómo pudiérais creer en mi divinidad, cuando no buscáis mas gloria que la que emana de vosotros?»

¿Se trata de esa gloria, que descansa en la nada del hombre, á quien san Pablo condena á su vez por estas palabras enérgicas: «Dios me libre de glorificarme, sea de lo que fuere, si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo:» *Nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

¿Qué riquezas son esas, muy queridos hermanos míos, que debemos de ambicionar? ¿Se trata de esas riquezas perecederas, de esas riquezas que destrazan á los que las poseen, segun la palabra de nuestro divino Salvador, que desesperan y atormentan á quienes las han perdido? No: se trata de la gloria que santifica, de la gloria que conduce á la inmortalidad, y se trata de la gloria que termina en el apotéosis divino, y que debe colocar en nuestras cabezas la inmortal corona.

Ahora bien, hermanos míos; ¿dónde se encuentra esta gloria que acabo de caracterizar? ¿Dónde pueden hallarse esas riquezas divinas? Ellas están en la mansion de Jesucristo: *Gloria et divitiæ*

in domo ejus. Esta casa es su templo; sonlo nuestras iglesias católicas.

Hé aquí el punto de que os vengo á tratar hoy. Estais llamados á contribuir á la construccion de un templo católico; pues bien, hermanos míos, quiero haceros comprender (con el auxilio de la gracia) que es imposible concurrir á una obra mas excelente ni mas perfecta en sí.

Es la obra mas excelente por dos razones: primera, porque no hay otra que sirva mas para la gloria de Dios: segunda, porque ninguna es mas necesaria ni mas útil al hombre.

He dicho, hermanos míos, que levantar un templo católico, es contribuir á la mas gloriosa obra de Dios, y esto por dos razones: primera, porque por el templo católico ha relevado Dios, separado, santificado y consagrado las ruinas de dos templos que el crimen habia manchado: el universo, y el hombre; y, segunda, porque en el templo católico es donde Dios manifiesta y hace resplandecer todos los atributos de su poder y de su bondad.

He dicho desde luego, que el templo católico, que la iglesia católica releva, repara, santifica y consagra las ruinas de dos templos.

Dios se habia levantado dos templos con sus manos: el universo y el hombre. El universo es un templo que manifiesta la gloria de Dios. Dios ha extendido los cielos cual si fuesen la bóveda de este templo: ha suspendido el sol y las estrellas como sus luminaires: la tierra es como la nave donde están colocadas las almas humanas, los adoradores de Dios en este mismo templo; pues bien, hermanos míos, ese templo ha sido profanado con criminales ultrajes, ha sido manchado con grandes apostasías. Cayó Adán, y en su caída arrastró tras sí á la creacion entera; y desde esta caída universal, el mal ha penetrado hasta las entrañas de la tierra: el universo gime y sufre, como dice san Pablo, y experimenta dolores semejantes á los de un parto laborioso: *Omnis creatura ingemiscit et parturit.* Toda criatura, desde la estrella mas distante de nuestro planeta, hasta el último átomo de los átomos ocultos en las entrañas de la tierra; toda criatura, repito, espera su manumisión: toda criatura aguarda la revelacion de Jesucristo, la resurreccion de Jesucristo, para ser libertada de la servidumbre de la corrupcion: *Omnis creatura expectat revelationem et resurrectionem Dei.* Entónces, dice san Pablo, será libertada de la corrupcion y de la servidumbre.

El paganismo, hermanos míos, ha profanado á su turno este templo: y ha habido nunca mayor profanacion ni mas universal

que la del paganismo? Él se prosterna ante el fuego; adora al sol y á las estrellas; adora el mar y las tempestades; adora los bosques, las selvas, la tierra, la noche, el dia, el miedo, el mal, la deshonra y el lodo! Se prosterna ante las criaturas y ante las obras de sus manos. ¡Nunca ha habido una profanacion semejante en el universo, y, como ha dicho Bossuet en su magnífico lenguaje, el universo, que era el templo de Dios, se convirtió en templo de los mas inmundos ídolos, y todo era Dios, excepto Dios mismo! Nuestro siglo ha visto una profanacion parecida, una profanacion mas horrible aun: y ¿qué dice nuestro siglo, hermanos míos, toda la filosofía incrédula de este siglo? ¿qué dice del universo? Declara que el universo es Dios; el panteismo del siglo ha penetrado vuestros libros, vuestra enseñanza, vuestras escuelas; vuestra filosofía declara netamente, que Dios no puede crear una sustancia nueva; que el universo es una sustancia eterna, una emanacion eterna de Dios, y que, por consiguiente, el universo es consustancial á Dios.

Esta es la abominacion de las abominaciones en el lugar santo: es la criatura elevada por encima del Criador, ó mas bien, es el ateismo mismo reinando en el templo de Dios. ¿En qué se convierten todas las obras del hombre? En la idolatría de la materia. Es necesario que Dios purifique este mundo; y ¿de qué modo lo purificará? Por medio del templo católico.

Voy á deciros y enseñaros, si puedo desenvolver mi pensamiento, como el Verbo de Dios se hizo carne. El Verbo de Dios se unió personalmente á la materia, á la naturaleza humana decaída: tomó un cuerpo de pecado. Hé aquí una glorificacion infinita en la materia. La materia, la sustancia material fué realizada hasta el apoteosis divino por Jesucristo. Quiso lavar el templo, este universo, de todas las manchas con que le habian profanado; y ¿qué hizo pues? Lavar este universo con su sangre, que derramó en el Calvario. Escuchad el pensamiento de Orígenes: «Cuando el altar del Calvario fué elevado en la cima del Gólgota, la sangre de la víctima inmolada en él purificó el universo manchado de crímenes.» Entrando la Iglesia de lleno en el pensamiento de Orígenes, declara formalmente, que la sangre de Jesucristo, vertida en la cruz, ha pacificado, ha purificado al universo entero, ha lavado el cielo, el mar, la tierra y toda criatura: *Terra, pontus, astra, mundus, Christi lavantur sanguine.* El mundo está lavado, el mundo está purificado por la sangre de Jesucristo; pero otras profanaciones se sucederán; y ¡habrá de ser necesario, que haya sangre derramada perpétuamente sobre este mundo! Mirad el altar del Calvario místico, transportaos á todos los templos cristia-

nos, á todas las iglesias católicas: siempre la sangre lavará al universo, y nosotros podemos escribir en el frontispicio de nuestros tabernáculos esta palabra: «La tierra, el mar, el universo entero están perpétuamente lavados con la sangre de Jesucristo.» El hombre, á su vez, se habia convertido en templo de Dios. Ved á Adán al salir de las manos de Dios; ¡qué templo tan magnífico! Representaos á Adán puro y santo; ¡qué templo mas brillante, mas suntuoso, mas digno del Criador! El universo, el mundo no sabe que Dios existe: el universo material no puede glorificarle por sí, porque carece de boca, de lengua y de admiración hácia Dios; mas el hombre, colocado en este universo, ese sacerdote, ese pontífice de toda la creación, vedle pues: su entendimiento es la bóveda casi infinita de ese templo; su memoria, donde se refleja lo pasado, lo presente y el porvenir, es como la nave, que conduce al santuario. Este santuario es el corazón del hombre: en este santuario hay un altar, en este altar una víctima, un fuego sagrado, el amor, que no debe jamas extinguirse....

Ahora bien; el hombre ha profanado el templo, y lo ha profanado por la abominación: ha derribado el altar y manchado el tabernáculo: ha arrojado á Dios de su corazón y colocado en él á Satanás: ha desafiado todas las pasiones. ¡Hé aquí lo que somos! Vosotros todos sois el templo vivo de Jesucristo por la gracia del bautismo y por vuestra unión sobrenatural con Dios. La palabra de san Pablo está bien terminante: — *Membra*, — vosotros sois los miembros de Jesucristo, — *omnia sumus de carne ejus*, — el cuerpo de Jesucristo, el templo de Cristo, — *templum Christi*; y el que viole la santidad, ó profanare el templo, Dios le aniquilará y le abismará en su cólera! San Pablo dice, que debéis llevar á Dios en vuestro cuerpo, y glorificarle en vosotros. Así pues, hermanos míos, por el templo católico estais purificados; y esos templos, que han sido profanados, encuentran su primera blancura, su pureza y su santidad por las lágrimas de la penitencia, y por una unión santificante y regeneradora. Hé dicho pues, con razón, que el templo católico releva, repara, santifica y consagra las ruinas de los dos templos, que el crimen habia mancillado.

Segundo. Por el templo católico Dios hace resplandecer todas las maravillas de su poder y de su bondad.

Hermanos míos; si se os condujese cerca de un sepulcro, y si á la voz de un taumaturgo un cadáver recobrase la vida, quedaríais asombrados y estupefactos viendo salir este muerto de su mortaja. Pues ved aquí una cosa mas admirable aun: la voz de un sacerdote, de un misionero, que arranca á un hombre de sus vicios; á un hom-

bre, que por espacio de mas de veinte ó treinta años ha estado sumido en su orgullo, en sus abominaciones y en la corrupción; á un hombre, que ha prometido su alma á Satanás! ¡Y no ha sido necesario, hermanos míos, mas que una palabra de ese misionero ó de ese sacerdote para restituírle la vida del alma, para resucitarle! El poder de Jesucristo no encuentra obstáculos ante la muerte, ante un cadáver; ¡y, sin embargo de que aquí se halla en toda su energía el mal que resiste á la gracia de Jesucristo, el milagro se obra! No hay ningún sacerdote, no hay ningún misionero, por humilde que sea, cuya palabra no haya resucitado alguno de estos muertos. ¡Todos los prodigios del infinito poder de Dios se patentizan en el templo católico! ¿Y qué hay en él mas admirable que el acto del santo sacrificio? ¿En dónde manifiesta Dios su poder del modo que lo hace en el altar católico, cuando teniendo el sacerdote en sus manos la hostia, elemento que va á ser consagrado, y que es el amor y la sangre de Jesucristo, por su palabra eleva la sustancia de este pan, convirtiéndola en la sustancia misma del cuerpo de Jesucristo? Esta sustancia material es conducida á través de todas las esferas imaginables, hasta los pies del trono donde Jesucristo está sentado á la diestra de su Padre. ¡El pan, por virtud de la consagración, se convierte en el cuerpo de un Dios: el vino, en la sangre de un Dios! Este es el último esfuerzo del poder divino, elevando la humanidad en Jesucristo hasta el apoteosis celeste.

Dios es infinitamente bueno; y ¿ha manifestado su bondad infinita en la creación del universo? No; este universo no es mas que un juego de su poder. Dios ha pronunciado una palabra: ha llamado á los mundos, y los mundos han acudido á su voz. No, hermanos míos: no es la creación del universo la manifestación, la dilatación de la bondad de Dios: solo es la sombra de esta bondad infinita; pero en la Encarnación, en la Eucaristía se ha extendido Dios infinitamente sobre nosotros, dándonos un testimonio infinito de amor. Si Jesucristo os diese el universo entero, si os entregase la posesión de un mundo á cada uno de vosotros individualmente, eso no seria nada; pero ¿qué puede hacer mas, que darse á sí mismo? Él os pertenece enteramente, se os comunica todo entero, le llevais en vuestras entrañas, y vuestro pecho es como un copon divino. De este modo, pues (como bien lo comprendéis), Dios levanta por medio del templo católico dos inmensas ruinas, ennegrecidas con las abominaciones de la tierra, con el paganismo: repara todas las detestaciones que el vicio y el pecado han arrojado en el alma del hombre, y hace

resplandecer las maravillas de su poder, de su bondad y de su infinita sabiduría.

A esto añado yo, hermanos míos, que el templo católico es no solamente la mayor manifestación de la gloria de Dios, sino que contiene lo que hay de más necesario y de más útil al hombre.

El templo católico, mirado en sus relaciones con el hombre, produce tres maravillas.

Desde luego siento, que el templo católico civiliza al hombre: que él solo puede civilizarlo; que él solo puede santificarlo, y que solo él puede abrirle los pórticos eternos de un cuarto templo, que es el de la gloria de Dios.

Analicemos nuestras ideas.

El templo católico *solo* (notad bien esta palabra), *solo*, puede civilizar al hombre. Esta proposición es dura para el orgullo humano, pero es verdadera. Al hombre no puede civilizarse con el error: esto es evidente, porque el error no puede civilizar, el error no puede producir sino el mal, y el mal produce el crimen: no hay pues civilización posible, donde la verdad no existe. Esta proposición está admitida, es incontestable; empero, la verdad no se encuentra sino en la Iglesia católica.

La caridad es otro elemento de civilización. No puede civilizarse al mundo sino por la caridad; pues bien, yo declaro con profunda convicción, que la caridad no se encuentra sino en el templo católico, en el templo cristiano. Buscadme fuera de la Iglesia católica, en el mundo, una doctrina que no nos haya enseñado nuestro Señor: encontradme fuera de la Iglesia un medio secreto de matar el egoísmo del hombre, enemigo de toda civilización. Se puede ser muy bárbaros con caminos de hierro, con ulla, con el vapor, con academias, con abogados, con sabios, con retóricos. Puede serse muy bárbaros cuando se dice, por ejemplo: «cada uno en su casa, cada uno para sí!» Estas son máximas de salvajes: se tiene por excelente ser un hombre grande; pero cuando se habla así, uno es un salvaje político: no hay civilización posible sin la caridad; pues yo os digo en el nombre de Jesucristo, que él solo es quien nos ha traído la caridad: el egoísmo era el fondo del paganismo: el egoísmo es el fondo de todas las herejías, de todas las sectas pasadas, presentes y futuras. Para destruir el egoísmo, hermanos míos, es indispensable que descienda Dios á las entrañas del hombre.

El tercer elemento necesario para la civilización del hombre es la virtud.

¿Puede civilizar el crimen? Esto es imposible; pues ¿cómo se

engendra la virtud? Es necesaria una potencia que mate, no solamente el acto exterior del crimen, sino que mate el deseo, el pensamiento mismo del crimen: es necesaria una potencia, que se convierta en guardiana del corazón, una fuerza invencible que introduzca al hombre en las entrañas de la virtud. La virtud es una cosa sobrenatural; es ineficaz á nuestra fuerza nativa: la hallamos por medio de la confesión, por los sacramentos y por la gracia de Jesucristo en la Eucaristía, cosas que no encontrareis sino en el templo de Jesucristo.

Tengo pues razón en decir, que solo el templo católico puede civilizar al mundo, y que allí únicamente se encuentra la verdadera civilización, como que no podemos hallarla sino al pie de los altares de Jesucristo.

Hermanos míos: construyamos templos: trabajemos en edificar iglesias. ¿Sabéis que hace la barbarie cuando quiere consumir su ra? Toma el martillo de las revoluciones y derriba los templos.

Los vándalos de este siglo han derribado en nuestra patria centenares de monasterios, templos y santuarios que eran la patria de las artes. Allí estaba encerrado un ejército de artistas, de estatuarios, de pintores y de músicos: todas las industrias estaban glorificadas y santificadas en estos templos. Hoy, todas estas cosas han tomado una dirección mundana, culpable, sensual; todo ha muerto. En el día teneis pocas iglesias; pocos templos; pero teneis millares de tabernas, que son los templos del vicio y del desarreglo: teneis millares de cafés y de teatros, donde se derrama la voluptuosidad y el sensualismo! Ved aquí los templos de Satanás: en ellos teneis incessantemente la predicación de perversas doctrinas. Pues bien, hermanos míos: levantemos templos, iglesias y capillas.

Yo vengo á implorar vuestro celo, vuestra activa piedad para levantar una nueva iglesia. Levantar una iglesia, es para Dios la obra más gloriosa, la más útil al hombre, la obra de la civilización, de la santificación, de la glorificación por excelencia: apresuraos á levantarla, y el Señor os dispensará abundantes gracias, con las cuales logreis verle en el templo de la gloria.

BENDICION

DE UNA IMAGEN DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

DISCURSO.

Me habeis llamado, amados hermanos míos, para que asista á esta fiesta, que vosotros mismos habeis dispuesto. Acabais de cumplir un acto, que, inspirados por la fe, habiais prometido; ved aquí por que podeis dar á este día el nombre de verdadera fiesta, y habeis de saludarle con entusiasmo, ya que habeis sido los intérpretes de un pensamiento tan santo, y para realizarlo habeis dado pruebas de celo y de buena voluntad. Si, no habeis perdonado sacrificios ni diligencia por recoger las limosnas de los fieles, y habeis comprendido, que esta obra, eminentemente cristiana y popular, debía celebrarse con verdadera solemnidad. Vosotros, cuyas instancias han excitado las liberalidades de la autoridad en favor de este interesante objeto, y obtenido plausibles resultados; vosotros, que habeis contribuido con un entusiasmo tan noble, grandes y pequeños, ciudadanos todos sin distincion de clases ni de fortunas, que tanto celo habeis manifestado por dar en esta circunstancia un brillante testimonio de vuestra devocion á María; todos tomareis parte en el regocijo comun, y será para vosotros una dicha, venir á juntaros con nosotros para colocar en este templo la *imagen* de la que es nuestro refugio, nuestra abogada y nuestra libertadora.

Conmuévase de alegría la montaña de Sion, porque recibe nuevo esplendor con esta preciosa imagen. Ved ahí la *imagen* de María, nuestra Madre, objeto de nuestra devocion. Nuestras esperanzas no han sido defraudadas; el arte se ha inspirado de la religion, para justificar lo que nos habíamos propuesto: es una obra maestra destinada á recordar á las generaciones futuras los beneficios de la Reina del cielo, y el agradecimiento profundo de esta parroquia hácia su bien-

hechora. Bendigamos al Señor por un éxito tan feliz, y gocémonos en nuestra religiosa alegría.

Nos complaceremos, amados hermanos, en contemplar en esta *imagen* los rasgos de la Madre de las misericordias, que intercede cerca del soberano Mediador, y se interpone entre nosotros y su divino Hijo para detener los efectos de su cólera, y proporcionarnos el tesoro de sus gracias.

Nos complaceremos en prosternarnos delante de esta imagen, la cual no será para nosotros una estatua sin expresion, sino que hablará á nuestros ojos y á nuestros corazones un lenguaje propio para excitar nuestra fe y nuestra confianza, porque encontraremos en ella una representacion de lo que María hace por nosotros en el cielo. Consideraremos á esta imagen como un signo de salvacion levantado en medio de nosotros, para recordarnos, que esta buena Madre intercede sin cesar en nuestro favor, y que nosotros podemos esperar todo de ella, si imploramos con sinceridad su asistencia tutelar. Nos apresuraremos, desde hoy, á visitar á María en su santuario, y á deponer á sus piés el tributo de una devocion filial, y á implorar sus beneficios.

Nó, no en vano la hemos elegido para nuestra defensora; pues continuará desviando de nosotros los rayos de la cólera divina, mitigará las penas debidas á nuestros pecados, nos cubrirá con su proteccion para preservarnos de los tiros de nuestro enemigo, y á la sombra de sus alas encontraremos siempre un refugio seguro.

Postrado delante de la imagen de María, invocaré con confianza á esta Madre de misericordia; le pediré, amados hermanos míos, que os mire con bondad, y la instaré para que os dé colmadas pruebas de una proteccion especial.

Avive en vuestras almas un fuego sagrado; borre todo resabio de vuestros odios y disensiones; muévaos á romper los lazos vergonzosos del pecado, y os guie en los caminos de la verdad, de la justicia y de la paz; y, en fin, que obtenga para todos la gracia y el favor de Dios en el cumplimiento de todos los deberes de la religion, y en la práctica, de todas las virtudes cristianas, á fin de que el pastor y el rebaño, reunidos en el cielo como en la tierra, á los piés de su amable soberana, puedan cantar eternamente las misericordias del Dios santísimo, y bendecir para siempre á la santísima Virgen, de quien se ha servido para salvar á su pueblo.